



CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL EN TOLEDO

**“ME ACERCARÉ AL ALTAR DE DIOS,
AL DIOS QUE ALEGRA MI JUVENTUD” (Sal 42, 4)**

Los hombres, día tras día, afanados en mil quehaceres, entre gozos y esperanzas, tristezas y angustias, sobre todo los pobres y cuantos sufren (cf. GS 1), deseamos encontrar una vida plena que nos satisfaga. El deseo de vernos llenos de vida y plenitud, de ver nuestra vida rejuvenecida, nos hace buscarla por caminos a veces turbios y oscuros, que nos dejan insatisfechos y con sensación de fracaso. Muchos, como fascinados por las posibilidades que ofrece hoy el mundo, no se han percatado de que los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres que buscan vida y juventud son las de Cristo. Su ofrecimiento a Dios entregando su vida en sacrificio en una cruz se convierte en cada hombre en vida nueva, inaugurándola en el bautismo, fortaleciéndola en la Confirmación y recibéndola en la Eucaristía. Durante muchos siglos los creyentes se han acercado a la Eucaristía, con esta intención en los labios: *Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud (Sal 42, 4).*

Con ocasión de la celebración en Toledo del Congreso Eucarístico Nacional, el Arzobispo Primado nos invita a acercarnos de modo celebrativo y vital a descubrir la fuente de la verdadera vida. Guiados por la espiritualidad hispano-mozárabe, de la que Toledo ha mantenido su esencia durante siglos, nos adentraremos en el Misterio Pascual de Cristo, en celebraciones que la Iglesia recoge entre los denominados “sacramentales” (cf. CEC 1667).

SACRAMENTUM VITAE

Pan de vida

Porque la noche en que iba a ser entregado, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (cf. 1 Cor 11, 23; Jn 13, 1), de cuyo amor nos dejó pruebas evidentes. Durante la cena, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía” (cf. 1 Cor 11, 23-24). Desde entonces, cada vez que renovamos este gesto, por el poder del Espíritu de Cristo y por su voluntad, el pan y el vino se convierten en su Cuerpo y Sangre, en él mismo, puesto que en este sacramento están contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo (cfr. CEC 1374). Este pan santificado, banquete celestial, pan del cielo, sacrificio de su cena, es un memorial de su pasión, por la que Cristo ha sido constituido hostia viva. A todo el que cree se le invita: Gustad y ved qué bueno es el Señor (Sal 33, 9). Lo gustamos comulgándolo, lo vemos adorándolo. La fe y

la confianza en aquel gesto del Señor en su última cena nos invitan a reconocer en el Pan eucarístico al Cuerpo sacrosanto de Cristo, y a adorarlo incluso públicamente por las calles del mundo del que es Señor. En verdad merece toda reverencia el que es *vida de los vivos, salud de los enfermos y descanso de los fieles difuntos*. Atrae las miradas de todos el que es Pan de vida.

Ministerio al servicio de la vida

En esa misma noche, *nuestro Señor Jesucristo nos mandó ofrecer este sacrificio, y nosotros, recordando sus palabras repetimos su acto de ofrecimiento*. Dando cumplimiento y contenido a los antiguos sacrificios de animales, que sin este ofrecimiento de Cristo, quedan sin valor, El se mostró como *Víctima viva y verdadera, como Sacerdote y Cordero sagrado* ofreciéndose como sacrificio una sola vez a la tarde siguiente para quitar los pecados de la multitud (cf. Hb 8, 28). El que es Pastor, se hace cordero para el sacrificio; el que es Sacerdote, se ofrece como víctima; el que es Creador, se convierte en alimento de las criaturas, y da inicio a un nuevo ministerio, a un nuevo sacerdocio al servicio de *su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1, 24). El ha constituido ministros de su sacrificio a los sacerdotes, para renovarlo y hacerlo eficaz entre los hombres, para “hacerlo en conmemoración suya”.

Ellos presiden la iglesia de Cristo y consagran el Cuerpo y la Sangre del Señor, lo mismo que en el oficio de enseñar al pueblo y predicar (San Isidoro de Sevilla De ecclesiasticis officiis II, 7).

Los sacerdotes ejercen su misión siempre haciendo las veces de la persona de Cristo (CEC 1548), pues no son dueños de lo que administran. Son *ayuda para los obispos*, que ejercen la plenitud del sacerdocio, y por la imposición de sus manos sirven a la *utilidad de la salvación del pueblo elegido*. De ellos pide la Iglesia santidad en su vida, porque de ellos los fieles reciben los sacramentos de la vida, pues *tienen el poder de acceder al altar de Dios, de celebrar los santos misterios y distribuirlos para la salvación de los fieles. De los sacerdotes espera Dios una sola ofrenda: el ejercicio de su ministerio: guardar paz en el corazón y decir siempre palabras de paz, ser padres de todos, mantener la unidad de la fe. Dios les ha dado poder de penetrar, anunciar y abrir al pueblo los misterios de los sacramentos*.

Especialmente durante este año sacerdotal, el pueblo creyente, que en los sacerdotes ve una prueba más del amor del Corazón de Cristo, debe ayudar con su oración a que sean fieles a la vocación recibida de Dios al servicio de la Iglesia, que ellos renuevan especialmente en el aniversario de la Cena del Señor, cuando él mismo lavó los pies a sus discípulos, enseñándoles con el ejemplo (cf. Jn 13, 5). Los sacerdotes, al servicio de los sacramentos de la vida.

LIGNUM VITAE

Árbol de vida

Ofreciéndose en sacrificio el Señor Jesús *se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo* (Flp 2, 8-9).

La cruz, instrumento de muerte y signo del pecado de todos, fue convertida en instrumento de vida por el Señor, que resucitó venciendo al pecado y la muerte. *Ascendió Cristo al patíbulo de la cruz para que, muriendo él, la muerte perdiera sus fuerzas. El llevó sobre sus hombros los delitos de todos nosotros para lavar por su cruz el crimen de todo el mundo, pues vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Por nuestros pecados, ante el Señor de la cruz, clamamos: ¡indulgencia!, porque reconcilió en su sangre lo terreno y lo celeste, pues por la pasión en cruz adquirió el mundo lo que Adán perdió por transgredir el mandato. Adán por comer del árbol prohibido gustó la muerte, Cristo venció a la muerte por el triunfo de su gloriosa cruz. En esa tarde de Viernes Santo, Cristo completó el misterio de la cruz (...) para que los que habíamos sido heridos en Adán por un árbol, por el misterio de un árbol fuésemos curados* (San Isidoro de Sevilla DEO I, 30). *La cruz de Dios es el árbol de la vida, que dará vida eterna a quien coma de ella.*

La muerte de Cristo es *la victoria de la cruz, árbol de vida*, de la que exclama San Pablo: *Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz del Señor* (Gal 6, 14). De ahí que nosotros acojamos la cruz y la llevemos sobre nuestros hombros, queriéndonos parecer a Cristo que lo hizo por nosotros; y que veneremos y aclamemos *el inenarrable sacramento de la ínclita cruz, madero glorioso del que colgó el fruto de la salvación, ¡santa y gloriosísima cruz!* Como los niños hebreos también nosotros acogemos a Cristo en triunfo en el signo de su cruz victoriosa, con ramos en nuestras manos (cf. Mt 21, 8): *Ordenad una procesión con ramos hasta los ángulos del altar* (Sal 117, 27).

Palabra de vida eterna

Ya Jesús había anticipado: *Cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí* (Jn 12, 32). En la cruz Jesús atrae, abraza y bendice a todos los hombres, de los cuatro puntos cardinales de la tierra. El es el Verbo de la vida (cf. Jn 1, 1-4), presente en la Palabra de Dios proclamada (cf. SC 7). Por la Palabra de Dios se nos anuncia el misterio de la salvación, y a él accedemos guiados por el mismo Espíritu Santo que la ha inspirado. En los sacramentos se realizan las *“maravillas” de Dios que son anunciadas por la misma Palabra* (CEC 1155). *Los signos de la Palabra de Dios deben ser puestos de relieve: el libro de la Palabra, su veneración (procesión, incienso, luz)...* (CEC 1154). *Y ya que a toda la tierra alcanza su pregón* (Sal. 18, 5), llegue con él su bendición a todos los confines de la tierra, contemplan su victoria (cf. Sal 97, 3) y reconozcan: *¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 68).

LAVACRUM VITAE

Renacidos de la luz

Lo más espectacular para un cristiano es saberse resucitado con Cristo, pues *venció el león de la tribu de Judá* (Ap 5, 5). Es superar la noche de la cruz y la oscuridad de la vida. Es entrar en el misterio de la noche santa de la resurrección, noche que se vio iluminada por el amanecer de Cristo. *Noche, pues, adornada con luz perpetua, y santificada con la victoria del Señor, noche que introdujo las manchas de la transgresión en el baño de la salvación.* Es la resurrección de Cristo lo que explica que su muerte no fue fracaso, sino victoria. *La noche del delito fue creada del árbol, pero la luz de la salvación fue engendrada en el leño. Aquella noche fue madre de la luz, no fue noche de tinieblas, en la que surgió para siempre el día de nuestra resurrección. Noche en que son nacidos a la vida eterna los hijos de la luz, a quienes dio a luz la madre Iglesia en un parto matutino por gracia espiritual.* Las almas de los bautizados sean lámparas del Señor, por él iluminadas y enviadas por él a *alumbrar con la luz de su ciencia.* Con esta luz que ilumina el mundo (cf. Lc 2, 32), los fieles caminan por la noche de esta vida mirando al oriente con las lámparas encendidas, en espera de que él vuelva (cf. Mt 25, 1- 13) en su amanecer, como Sol que viene de lo alto (Lc 1, 78), para inaugurar el domingo sin fin, el día sin noche, *porque el señor Dios irradiará luz sobre ellos* (Ap 22, 5). *¡Luz y paz!*

Baño de la vida

Del costado abierto del Salvador en la cruz brota el agua que a nosotros, muertos en Adán, nos ha dado vida regenerándonos (cf. Ga 19, 34). *Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva* (Rom 6, 4). Los creyentes accedemos a la vida de Cristo a través de los sacramentos, cuya puerta es el bautismo. Del Corazón traspasado de Cristo surge el don del bautismo, por el que nos integramos en su muerte y resurrección, pues *lo que era visible en nuestro salvador ha pasado ahora a sus sacramentos* (San León Magno, sermón 74, 2).

Para ser iluminados en el bautismo, los hombres se acercan *a la fuente de la salvación eterna, a recibir el baño de la vida. La fuente bautismal es el útero que da a luz, en la que son bendecidas las razas de la tierra y donde la Iglesia se casará con Cristo. En ella se infunde el Espíritu Santo al pueblo sediento de fe, que entra en las aguas de la salvación y renace por el agua y el Espíritu Santo, consepultado con su Redentor en el baño, asemejándose a este sagrado y digno misterio, para que mueran con él en el baño y resuciten al reino. Es la fiesta del baño, baño de vida nueva, baño de salvación.*

Queriendo vivir esta vida como vida nueva en el Señor, los fieles continuamente se ven invitados a renovar la alianza que supone el bautismo. Esta memoria del propio bautismo es una mirada a la identidad que el Señor nos regaló, de ser hijos de Dios,

liberados del pecado. De este modo los creyentes están llamados a ser sal de la tierra (Mt 5, 13), como fermento en la masa (cf. LG 31).

Óleo de vida nueva

En medio del mundo que no conoce a Dios y que necesita conocerlo para descubrir la vida, los bautizados necesitan una fuerza y un consuelo venidos de Dios. El nombre de cristianos nos viene de Cristo, pero no sólo en el nombre nos parecemos al Señor: *Después de que nuestro Señor, verdadero rey y sacerdote eterno, fue ungido por Dios, Padre celestial, con el unguento místico, no sólo los pontífices y los reyes, sino que todo cristiano es consagrado con la unción crismal, porque es miembro del eterno rey y sacerdote. Porque somos raza sacerdotal y real, se nos unge después del bautismo para ser registrados con el nombre de Cristo* (San Isidoro de Sevilla DEO II, 26).

El crisma, mezcla de aceite y perfume, es el *óleo de la santificación*, cuya unción o confirmación, tras el bautismo, *es signo de vida eterna, da el conocimiento de la nueva vida y la plenitud de vida de la verdadera vida, con los siete dones del Espíritu Santo*. De la unción de Cristo, lleno de Espíritu Santo, participamos los cristianos (cf. Mt 3, 16). Es por ello que *el crisma enciende el vigor de la vigilancia espiritual, y es fuego de Dios, vigor de la fortaleza, llama de amor divino*. El crisma es también venerado por la Iglesia, a la que los ungidos se vinculan más firmemente (CEC 1183 y 1303), y les recordará que seamos *como aceite del vaso que ilumine las lámparas* de la vigilia de la vida hasta que despunte el alba eterna.

Banquete de la vida

Iluminados en la noche de la vida, lavados en el baño de la vida, y fortalecidos con la unción que nos da el vigor de Cristo, regresemos al banquete, no ya para contemplar, sino ahora, preparados para gustar: *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Sal. 33, 9). La Eucaristía es el banquete pascual (CEC 1382), surgido del sacrificio de Cristo, al que hay que acceder con el *vestido digno de las bodas* (cf. Mt 22, 11-12 y Lc 15, 22). Invitados por el Señor a este banquete acuden los creyentes *hambrientos de su Cuerpo y sedientos de su Sangre*, y al sumirlos desean que se tornen en *perdón de sus pecados, en su fuerza y salvación; para el sano, protección; para el enfermo, medicina*.

A quien se acerque a recibir los santos misterios se le deseará que *el Cuerpo de Cristo sea tu salvación, y que la Sangre de Cristo permanezca contigo como verdadera redención*. Y, puesto que la Carne de Cristo es el Pan de la vida (cf. Jn 6, 35), *es cosa segura que sólo viven aquellos que reciben el Cuerpo del Señor. Y por lo mismo, se ha de temer que quien se aleja largo tiempo del Cuerpo de Cristo, viva alejado de la salvación, ya que El mismo nos advierte: "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros"* (Jn 6, 54). *Quien dejó de pecar, no deje de comulgar* (San Isidoro de Sevilla DEO 1, 18).

En el sacrificio para este banquete no se oyen *balidos de ovejas, ni mugidos de toros, ni pjar de aves, ni causa horror la sangre, pues la víctima permanece incruenta, aunque la gustamos viva. Se come el cuerpo verdadero y se bebe la sangre auténtica*,

pero como manjar y bebida espiritual. Desde que el Señor se hiciese presente a los discípulos cada ocho días después de su resurrección (cf. Jn 20, 19. 26), y, resucitado, les explicase las escrituras y partiese el pan para ellos (cf. Lc 24, 27-31), se han reunido, convocados por él en el primer día de la semana, para acercarse al altar construido según el altar del cielo para recibir como alimento el pan de los ángeles, pues, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva (1 Cor 11, 26).

En este recorrido reconocemos el amor de Dios entregado a nosotros en signos de vida, que Dios quiere comunicarnos y entablar relación personal con nosotros.